Los sentimientos dormidos

Ramón Corominas

Los sentimientos dormidos

Ramón Corominas

avant
editorial

Primera edición, octubre de 2023
©Ramón Corominas, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Ramón Corominas
ISBN: 978-84-19970-30-5
IBIC: FRD
DEPOSITO LEGAL: M-31449-2023

A mi buen amigo, Ramón Verdaguer

1

INTRODUCCIÓN

La acción de esta novela se sitúa en La Cerdaña, y se inicia en el año 2000.

Según Wikipedia: La Cerdaña (en catalán *La Cerdanya*, en francés *Cerdagne*, en latín *Ceritania*) es un territorio de la Cataluña histórica, que como consecuencia del Tratado de los Pirineos de 1659, entre el Reino de España y el Reino de Francia, por el cual España cedió a Francia treinta y tres pueblos de la parte norte ceretana. Y quedó dividida en dos: la comarca de la Alta Cerdaña, que forma parte de los Pirineos Orientales, es decir, los territorios administrados por Francia, y la Baja Cerdaña, que forma parte de España, dentro de la Comunidad Autónoma de Cataluña

Con una superficie de 1086,07 km², esta región natural se divide, en un 50,3% de España, y un 49,7% de Francia. Las montañas que lo delimitan oscilan entre los dos mil y los casi tres mil metros de altura (Carlit,

2921 m; Puigmal, 2909 m), y está regado por el Segre y sus afluentes.

La capital de la Cerdaña es Puigcerdá, con poco más de diez mil habitantes. En toda la Cerdaña hay alrededor de veintiséis mil habitantes residentes, que en verano superan los ochenta mil.

La Cerdaña, hasta el año 1984, estaba muy mal comunicada ya que era necesario transitar por la collada de Toses para poder «entrar» en la Cerdaña. Desde Barcelona, para acceder a las pistas de esquí de La Molina o las de Masella, se empleaban más de dos horas y media en automóvil o tres horas en tren..., siempre y cuando la nieve no complicara la circulación.

Nos situamos, al inicio de la novela, en el año 2000 y en un pueblo imaginario que llamaremos Gresa para que nadie se sienta ofendido o pueda vanagloriarse.

Hasta el 30 de octubre de 1984, fecha en la que se inauguró el Túnel del Cadí, (de peaje), que une Bagá con La Cerdaña, y permite llegar a esta comarca desde Barcelona en menos de una hora y cuarenta y cinco minutos, el turismo no era la principal fuente de ingresos de la comarca.

En el año 2000 en que situamos el principio de la novela, aún hay muchos lugareños que viven del cultivo de sus campos y del cuidado del ganado que poseen, básicamente vacas y caballos, aunque también quedaban algunos rebaños de cabras y ovejas.

En la medida en que el turismo creció y se construyeron centenares de segundas residencias, y que los payeses que cuidaban le ganado y los campos se fueron haciendo mayores, en muchos pueblos han desaparecido ya todos los animales que se criaban y se ha reducido en más de un cincuenta por ciento los campos que aún siguen cultivándose.

En la comarca ha llegado mucha inmigración de Sudamérica y de África, que se dedica a la limpieza de las segundas residencias, tareas en los campos y servicios de hostelería, entre otros.

La llegada del turismo y la necesidad de disponer de nuevos terrenos en los que se pudiera edificar ha hecho que los precios de los terrenos se disparen enormemente y muchos lugareños han optado por vender el suelo que era de su propiedad y marchar de la Cerdaña o modificar su tipo de vida en esta.

Muchos campos venían de herencias abuelos o bisabuelos de los actuales habitantes de Gresa, así como la crianza de animales, especialmente vacas, de las que vendían su leche y también muchos de los terneros que nacían.

Las herencias se han ido repartiendo entre los hijos. Algunos han seguido el duro trabajo de sus padres, otros se niegan a tener que ordeñar las vacas dos veces cada día, sin un día de fiesta en todo el año.

Con el advenimiento del turismo, se han ido cerrando las tres granjas que había en Gresa, hoy en día

ya no hay ninguna. Con la venta de terrenos urbanizables, la apertura de bares, restaurantes y hoteles, los lugareños han encontrado formas mucho más cómodas de vivir.

Mucha juventud ha emigrado. Han ido a la universidad en Barcelona o Girona, y han descubierto nuevas formas, para ellos, más atractivas de vivir... y ya no han vuelto a vivir en Gresa.

En nuestra novela, los dos personajes principales de la misma, por diferentes razones, se verán obligados a abandonar la Cerdaña... pero esto ya lo conocerán ustedes en los próximos capítulos.

2

LA VIDA EN GRESA

Gresa es un pueblo cuyo nombre hemos modificado, situado cerca de la salida del túnel del Cadí.

En el año 2000 residían en el mismo ciento veintiséis habitantes, aunque algunos propietarios de segundas residencias empadronados en Gresa por motivos de ahorro de impuestos, hacen que la población censada en el padrón llegue a los ciento cincuenta y uno

En realidad, en verano, llegan a vivir (aunque no estén empadronados en Gresa), más de quinientas personas.

En Gresa aún hay un granjero que tiene alrededor de veinticinco vacas (dependiendo de las que paren y las que vende), y cultiva más de treinta hectáreas de terreno. Este granjero se llama Diego García, su mujer es Lucía y tienen una hija de seis años que se llama María. Los tres han nacido en Gresa.

Hace tres años, Antonio Cano, otro granjero, que no poseía ni tantas vacas ni tantos terrenos como su vecino, Diego García, y que desde hacía años se dedicaba a contratar pólizas de seguros, porqué ya no veía claro su futuro como labriego, ganó dinero con este nuevo trabajo y ya no podía dedicarse, ni él ni su mujer, a cuidar del ganado y del cultivo de los campos, así que llegó a un acuerdo con Diego, y le cedió a él sus animales y terrenos, dedicándose únicamente al sector asegurador.

Antonio y su mujer, Juana, tenían una excelente relación con sus vecinos, Diego y Lucía. Antonio y Juana tenían un único hijo de siete años, que, cuando no estaba en el colegio, jugaba siempre con María, hija de Diego y Lucía, su vecina y casi de su misma edad, y le ayudaba en las dudas que tuviera de los trabajos que le mandaban en la escuela, que era la misma a la que acudía Juan.

Ambas familias se hacían favores constantemente, se turnaban para llevar o recoger los niños en el colegio, compartían comida, se turnaban las compras, y vivían un poco alejadas de la vida y las fiestas del pueblo y de los habitantes de las segundas residencias.

Lucia y Juana hubieran encontrado fácil trabajo en la limpieza de las segundas residencias del pueblo, pero, mientras sus maridos ganaran lo suficiente, prefirieron dedicarse a ayudar a sus respectivos maridos y criar a sus hijos.

Juana, de mejor formación escolar que Lucía, iba algunas veces a ayudar en el comedor de la escuela del pueblo de al lado.

En el pueblo hay pocos niños o niñas de la edad de María y Juan, por lo que la amistad entre estos ha sido, desde prácticamente su nacimiento, algo que les ha unido y se han hecho mutuamente necesarios, el uno al otro y el otro al uno, para todas sus actividades lúdicas.

Juan defendería a María de cualquier chico que la molestara o animal que la atacara (que no la atacó nunca ninguno, afortunadamente, mosquitos aparte).

María no soportaba que sus padres hicieran ninguna crítica de Juan.

El clima frío de Gresa en ocho de los doce meses del año, invita poco a que los niños paseen y jueguen al aire libre, por lo que María y Juan, cuando no están haciendo deberes, se van al «granero» que está en el tercer nivel de sus casas, y juegan allí a cualquiera de las muchas cosas que les distraen.

La amistad de ambos niños es tal que, si tuvieran dieciséis o diecisiete años, nadie dudaría de que son novios con proyecto firme de boda.

Les gustan los animales y muchos días van a dar de comer pan a los caballos o se montan, con el cuidado de algún padre, encima de uno de ellos.

A diferencia de los niños y niñas de ciudad, aún saben que sabor tiene la leche recién ordeñada y la fruta recién recogida (madura) del árbol.

Juan y María, la vida que a cada uno le tocará en suerte vivir, su desarrollo, su pubertad, su etapa de estudiantes, su esfuerzo por encontrar trabajo, las alegrías y también las penas que les tocará conocer, forma la esencia de toda esta novela.

Esperamos que al lector/a, le cree interés el desarrollo de esta historia, por lo demás muy creíble, y que llegue a amar tanto a «su Gresa particular», como María y Juan querrán toda su vida a «su» Gresa donde han nacido.

3

MARÍA Y JUAN

No pasan cinco minutos desde la llegada al pueblo después del colegio o desde el desayuno en los días festivos, que María y Juan no se busquen y junten para pasar juntos sus momentos de trabajo escolar o de juegos.

Las dos casas de Juan y María están muy alejadas del centro del pueblo y de sus casas más próximas. Por su parte trasera están a menos de cien metros de la montaña, en la que, en los meses que se prestan a ello, de agosto a octubre, pueden recogerse setas para la comida, media hora antes.

Por la parte de delante hay una extensión de más de cien metros de ancho y casi doscientos de largo, cubierta por hierba que crece de forma natural, donde están las cuadras de las vacas y un pequeño huerto del que se alimentan las dos familias.

Entre las dos casas, a unos cincuenta metros, hay un gran abeto, que Juan y María consideran «su árbol», y que en muchas ocasiones se sientan a su sombra a hablar o jugar.

Hoy hace un poco de viento. María tiene una idea...

—Juan, hoy hace viento, podemos levantar las dos cometas y te reto a ver quién la hace llegar más arriba.

—Pues voy a buscar la mía, ves tú por la tuya.

Ninguno de los dos domina aún este «deporte» y las cometas suben, bajan y chocan contra el suelo, se entrelazan en el aire... y María y Juan se lo toman a risa.

Al cabo de un rato se cansan de las cometas y se sientan al pie del abeto.

María es una chica muy abierta y decidida, casi siempre es la que propone las cosas y Juan se deja guiar.

—Juan.... ¿Seremos amigos siempre?

—Claro que sí, María.

—Juan, prométeme que seremos amigos, aunque seamos muy mayores.

—Yo te lo prometo, pero ahora me lo tienes que prometer tú…

—Vale, yo también te lo prometo.

—En una película de indios, cuando el indio y el cowboy se hacían amigos se hacían un corte en la mano y mezclaban su sangre.

—Pero nosotros no lo haremos. Si me hago un corte y mi madre ve sangre, me pondrá alcohol y pica mucho.

—Nuestra promesa ya vale.

—Oye, Juan, yo no tengo ningún hermano y no sé cómo es un chico. ¿Tú sabes cómo es una chica?

—Pues casi no, yo tampoco tengo una hermana.

—Pues nos lo enseñamos detrás del árbol.

—Pues vale.

Con toda la inocencia de esta edad, se desnudan, se miran, y se vuelven a vestir.

—Juan, yo, cuando sea mayor, me crecerán dos pechos aquí. Son para alimentar a mis hijos, si los tengo.

—Ya me he dado cuenta en casa. Pero esto no cambia nuestra amistad.

—Pero no comentaremos nada de esto a nuestros padres, es un secreto entre tú y yo, ¿vale?

—Vale, secreto del niño Jesús.

—¡Qué suerte tenemos de vivir juntos y que nadie nos moleste, siempre viviremos aquí, ¿vale?

—Por supuesto, nuestros padres se ganan la vida aquí y nosotros, cuando seamos mayores, podemos hacer lo mismo que ellos hacen y seguir viviendo aquí.

—¿Lo prometemos?

—Prometido.

Se oye la voz de Lucía llamando a María para el baño y la cena. Los dos vuelven andando a sus casas y quedan para verse mañana, que tendrán deberes del cole.

Los dos se van pensando que tienen suerte de tener de vecino al otro. Si no tuvieran al lado un niño o niña con el/la que jugar... su vida sería muy triste.

4

UNA MUERTE EN EL CAMINO

Es martes. Diego ha ido con el tractor a roturar un campo, el que conocen como «del algarrobo».

Normalmente vuelve a casa antes de las seis de la tarde.

Son las siete de la tarde. Lucía se extraña de que Diego tarde tanto en volver. Ya tiene la cena preparada y se ha hecho de noche. Empieza a preocuparse. Sale a la entrada y mira hacia el lejano campo donde Diego debería estar trabajando.

Se fija en que se ven dos luces, como si fueran las del tractor. Están paradas, no se mueven.

Lucia empieza a asustarse. ¿Y si Diego se ha caído del tractor y no puede andar? Gritos no ha oído ninguno, pero....

Va corriendo a casa de Antonio y Juana, entra casi gritando...

—¡Antonio!... creo que Diego ha tenido problemas con el tractor, se ven a lo lejos, en el campo del algarrobo, dos luces, pero llevan mucho tiempo paradas, el tractor no se mueve. Tengo miedo de que Diego haya caído del tractor.

Antonio responde:

—Ahora mismo cojo el 4X4, ven y vamos los dos a mirar que pasa. Que Juana se quede con María y Juan.

Cogen el coche y van hacia el campo. Se van acercando, ven las luces del tractor, algo debilitadas. Cuando están más cerca, aprecian que Diego parece dormido encima del asiento del tractor. Paran a escasos tres metros y los dos se dirigen hacia Diego. Lucía zarandea a Diego, le grita, él no responde, no hace movimiento alguno...

Antonio, con la ayuda de Lucía, arrastra como puede el cuerpo de Diego hacia su coche, deben ir a urgencias del Hospital Comarcal de inmediato.

Antonio, con el flamante móvil de su empresa, llama al teléfono fijo de su casa. Juana coge el teléfono. Antonio le explica la situación y que va con Lucía a urgencias, que ya le informará, que María se quede a dormir en su casa.

Juan le pregunta a su madre....

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada Juan, que el papá de María se ha hecho un corte con el tractor y ahora papá y Lucía han llevado a curarlo.